

RECUERDOS Y VIVENCIAS DE UNA VIDA AL SERVICIO DEL NACIONALISMO VASCO EN ALAVA (EUSKAL HERRIA)

Andoni Perez Cuadrado

Estimados amigos, es mi deseo ante el requerimiento de amigos de la Revista Guregandik, del Centro de Estudios de la Cultura y el Nacionalismo Vasco “Arturo Campion”, del Centro Vasco de Laprida, Argentina, datos, recuerdos y vivencias de mi vida especialmente relacionado con nuestra amada Euzkadi y su causa, desde la perspectiva de un arabarra que pese a sus apellidos, desciende de la montaña lindante con Trebiño y con la Errioxa de nuestros excelentes vinos, y según demuestra mi árbol genealógico, por más de dos siglos. Durante años me asaltaron algunas dudas sobre mi procedencia: siempre agarrado a mi tierra y su cultura, a sus valores, virtudes y defectos que costaba admitir que mis ancestros fueran foráneos y mi entrega entusiasta tan sólo alguna ensoñación espontánea. Gracias a Dios y a un amigo que pude hacerme con mi genealogía en la que, tan sólo mi abuelo materno procedía de Salamanca, si bien llevaba en afincado en Euskal Herria desde mediados de siglo XIX; de él me vienen el Cuadrado compensado ampliamente por los Aguirre, Galbarro, Domaika, Bergara, Larrete (mi abuelo paterno era primo de Enrique Rodríguez Larreta, mucho más conocido por vosotros), Markinez, Urturi y un largo etcétera. Exhibidos ahora por mí, no como petulancia sino como demostración palpable de que mis genes son los culpables de todas mis andanzas y preocupaciones.

A lo largo de mi exposición irán apareciendo con más o menos fidelidad, nunca debido a la invención, los hechos aportados como granitos de arena a la historia colectiva tan magra en aportaciones por parte de nuestras gentes, por aquello de “parcos en palabras, “largos en hechos”. A ver si llega el día en que, saliendo de tal pereza, relatemos nuestras cosas con el mayor entusiasmo y sin complejos, porque así debieran constituirse los pueblos, sobre la verdad de los hechos y la justicia de la causa que los aglutina y los impulsa. Yo siempre lo he hecho desde la perspectiva del maestro que nos sacó la indiferencia y la apatía: Sabin de Arana y su lema “Jaungoikoa eta Lege Zarra”, y su planteamiento expreso de “Eusko tarren Aberria”, Euskadi da. Por ello, a lo largo de mi intervención saldrán unidos y entroncados con Dios y Patria, sin interferencias sospechosas ni principios entrecruzados del integrismo más rechazable. Siempre he dado por bueno el axioma de que un cuerpo sin alma es como un jardín sin flores.

Tras una introducción tan extensa extraída de ego adherido a la edad, donde las “batallitas” ocupan demasiado espacio, vayamos al grano: mi estilo expositivo, lógicamente un tanto telegráfico, relata las etapas más señaladas de mi vida militante, con la exposición vivencial salpicada de anécdotas y hasta algún chascarrillo que quiten

dureza al relato, y que hagan más agradable su lectura, o más soportable. Dicho todo allá que vamos a intentar aportar pura historia, aunque no tan trascendente como para llenar titulares pero sí acaso para complementar, y aún desmontar, tantas historietas como llevan volúmenes enteros escritos por “importantes” ostentadores de petulancia, ignorancia y osadía a partes iguales.

MI INFANCIA

Nací un 15 de Diciembre de 1926 en la calle San Francisco de Gasteiz, de padres alaveses. Conviene hacer un pequeño inciso acerca de ambos por lo que supuso en todo momento su base educativa y la influencia que la misma importo para el resto de mi vida. Mi padre nacido en la Montaña Alavesa, en el pueblo de Lagran, fue el primero de diez hermanos, dos de ellos unidos en vuestra tierra argentina, y más concretamente en la provincia de Santa Fe. Nuestra amada tierra jamás ha tenido otro medio de vida que el trabajo brutal y el exhaustivo en aquellos tiempos: el terreno no daba para todo y había que buscar otros lares donde lograr un mínimo existencial; por ello mis abuelos, habiendo dejado a mi padre a cuidado de su abuela, partieron para Argentina a principios del siglo. Y allí desarrollaron una vida de entrega y sacrificio que parece dio algunos frutos materiales.

No merece la pena extenderse en detalles ajenos a temas vitales que ambos no ocupan ni entusiasman, pero si hay que fijar la atención – la de mí despertó el amor a la Patria – en un detalle sencillo en sí y crucial en el receptor de apenas media docena de años, que fue más o menos cuando mi abuelo Felipe me relató el caso: partiendo de Pasajes, en Gipuzkoa, el navío repleto de emigrantes en busca de trabajo, al albur de lo que pudieran encontrar en un destino incierto, al cabo de casi un mes de navegación desembarcaron en Buenos Aires. Nadie contaba con contrato previo ni seguridad de encontrarlo, pues bien, a medida que iban descendiendo del barco alguien, desconocido hasta ese momento, preguntaba con el mayor interés la procedencia de cada cual. Decir vasco bastaba para quedar desde ya contratado a todos los efectos. Por eso mi abuelo me repitió más de una vez que fue a miles e kilómetros de casa donde comprendió el significado de ser vasco, y por ende, nacionalista convencido.

Mi madre siguió un camino parecido y por idénticas razones: con otras quince bocas más – 16 hermanos en total – mis abuelos hubieran de repartirlos un poco al voleo, y mi ama Consuelo, justamente con Te y Carmen también cruzaron el charco camino a Montevideo, pero a diferencias de mi citado abuelo para trabajar en muy distintas condiciones en casa de una tía soltera, que había emigrado a Uruguay en el último tercio del siglo XIX. Parece ser que estuvo prometida a quien aspiraba a presidente de la República Uruguaya, y a su prematura muerte heredó alguna fortuna importante. Mi ama Consuelo pasó trece años y a la vuelta, y dado que mi abuela para entonces tenía alguna hospedería, allí conoció a mi aita Régulo mientras hacía el servicio militar. Por tanto mi educación se desarrolló entre dos caracteres bastantes distintos pero a mi entender complementarios: no sólo estoy orgulloso de ello sino que estoy convencido

que dichas disciplinas contribuyeron a formar mi carácter: la disciplina y la responsabilidad, unidas al respeto a los mayores, el amor a la verdad y la honestidad en los actos, inculcado todo ello por un labriego exigente, quedaba matizado y dulcificado por el espíritu abierto, liberal y moderno de *amatxo*, mucho más comprensiva de nuestras limitaciones, e impulsora de un cierto afecto al compromiso libremente aceptado. Lástima que se nos fuera a mis 14 años cuando más necesitábamos de sus consejos y presencia.

Traicionando mis propias palabras, observarán que el pequeño paréntesis ha estado a punto de convertirse en sermón, pero he considerado que era preciso presentar el pequeño escenario de mis andanzas. Poco después de implantarse la Segunda República española, cuya fecha recuerdo muy vagamente desde mis seis años, al producirse un gran alboroto en la calle Dato a cien metros de nuestro domicilio, el Partido Nacionalista Vasco, como todos los demás, inició rápidamente sus actividades, y por lo que de mí respecta, en unión de mi hermano Josetxu (*Goian Bego*), fuimos dados de alta en la Escuela Vasca, institución educativa que el Partido extendió rápidamente. Al frente de la misma colocó a Pilar Landaburu, hermana de Javier y de felicísimos recuerdos para los aproximadamente setenta alumnos que a aquella acudimos. De día, los estudios escolásticos, de noche las actividades complementarias de los “*Gaztetxuak*” (*euskera*, danzas excursiones, etc.) hicieron volar los días a velocidad de vértigo, recordando con nitidez el *Aberri Eguna* de 1934, celebrado en Gasteiz y en el que participamos activamente en labores secundarias, pero orgullosos de iniciar nuestra vida patriótica. Y llegó el fatídico 18 de julio.

Desaparecida la Escuela vasca tuvimos que volver a la Escuela Pública en la que habíamos iniciado nuestros estudios de niños. Aquello supuso para mí un enorme choque de contrastes difíciles de asumir. A la diferencia de comportamiento, desde la dureza de los maestros hasta el nuevo clima que tomaba cuerpo a toda velocidad, con enfrentamientos físicos entre los propios alumnos, mis progenitores optaron, con enorme sacrificio, llevarnos al colegio San José, dirigido por los hermanos de San Víctor, ¡mejor haber caído en las manos de Satanás!, fueron cuatro años de infierno, fascistas increíbles. Jamás hubiera pensado que gentes de sotana llegaran a comportamientos semejantes: sólo nos faltó empuñar armas. Tuvimos que tragar carros y carretas ente actuaciones propias de los sargentos de varas más retrógrados: lecturas patrióticas, himnos de toda clase, ejercicios pre-militares, conferencias y un largo etcétera y todo ello adobado con una religión obligada y obligatoria. Conscientes de todo ello mis padres optaron por buscar soluciones. Mi hermano pasó a los hermanos corazonistas y yo espontáneamente, opté por el seminario, precisamente porque me funcionó aquello de que la fe, si es débil al menor soplo se apaga, más si es firme se aviva con el huracán. Sin embargo durante mi etapa colegial se produjo un hecho curioso de mi posterior amistad entrañable con Segundo Jauregizuría, tal y como lo relato en la obra del citado “*Memorias de un vasco cualquiera*” por si les es desconocido el cuento: saliendo una tarde del cole me encontré en la esquina de Fueros y Ortiz de Zarate con una columna de prisioneros proveniente de la estación de ferrocarril y dirección a la prisión de la calle Paz. Uno de los presos dejó caer una maleta ante la imposibilidad de sujetarla con

sus manos esposadas; yo salí como un resorte para ayudarle recibiendo un culatazo de uno de los guardianes que me hizo llegar a casa llorando a moco tendido, no por el dolor físico, sino por la impotencia. ¿Quién me iba a decir a mí que pasado los años aquel pobre preso no era otro que Segundo? Bien, volviendo al hilo narrativo comencé estudiando latín con un sacerdote que vivía cerca de la estación ferroviaria: mis clases comenzaban a las 3,30 horas de la tarde y como quiera yo comía sobre la 1, salía de casa dando un paseo para hacer tiempo y allí comencé a tener contacto con prisioneros de un batallón de trabajadores franquista, que entonces llevaban a cabo obras en la vías férreas. Me tomaron simpatía y estuve haciendo de recaudista para ellos durante un mes: Ingresado en el Seminario de Bergara no hubo ocasión para actividades patrióticas, entre otros motivos porque bastante hacíamos con sobrevivir a las carencias de posguerra. Llegó 1941 y el fallecimiento de mi ama cambió mi vida, teniendo que entrar en el banco de Vizcaya, donde trabajaba mi aita, para poder aportar alguna ayuda a la familia.

MI JUVENTUD

Mi nueva condición maduró inmediatamente mi talante de persona entrada ya en una nueva etapa juvenil pero responsable. Enseguida aparecieron los roces y encontronazos con aquellos compañeros de fatigas, que no ocultaban sus querencias dictatoriales. Curiosamente hoy, algunos de ellos figuran en las filas de partidos abertzales, lo que aprovecho para modificarles jocosamente. Igualmente, en mi nueva etapa, ingresé a las juventudes de acción católica donde pronto asumí el cargo de Vicepresidente de la diócesis, así como también con el puesto en el Consejo Diocesano, etapa que analizo más adelante. Ya con 17 años inicié mis contactos con movimientos clandestinos abertzales, bien por conocimiento directo de personas como referencias familiares, integrando grupos de acción con los que llevamos a cabo acciones de reparto de propaganda antifranquista a una con las alboros de proselitismo, como pintadas (entonces no había sprays ni autoadhesivos) y colocación de ikurriñas, siendo nuestra acción más destacada por su peligrosidad el reparto de propaganda contra el primer referéndum franquista de 1947; como tampoco existían los buzones en los portales, como ahora, nos jugábamos dejando las hojas debajo de las puertas de los pisos. A pesar de la fama que muchos aplicaban a la policía fascista, una vez más demostraron sus carencias; por algo sólo destacaban en el manejo de las armas y el tiro en la nuca. Por aquel tiempo se produjo la primera detención masiva en Araba a cuenta de la intervención nacionalista en acción dirigida al Congreso de Pax Romana, de cuyo contenido los supongo enterados. Y tanto va el cántaro a la fuente... Estando cumpliendo el servicio militar en 1948 en la caja de Recluta de Álava acudí como siempre a la misa de Aberri Eguna en compañía de un buen grupo de patriotas. Tras la misma, ¡bendita ingenuidad! fuimos a la churrería instalada frente por frente con la Comisaría de la policía. Al día siguiente, lunes, aparecieron en el cuartel dos policías preguntando por mí. El teniente Coronel Días de Tuesca, gasteiztarra y campechano, tras preguntarme por que venían en mi busca se dirigió enérgicamente a los polis diciendo: “este muchacho va con Uds. porque me sale los cojones y quiero verlo

rápidamente de vuelta, ¿está claro?” Tal fue el efecto que hasta me cedían en la calle, el mejor lugar de la acera. Tras breve interrogatorio volví al cuartel, en tanto que más de veinte chicos y chicas quedaban en la Comisaría hasta la noche. Era la primera de mis 14 detenciones a lo largo de veinte años y pronto intuí el futuro que me esperaba, pues al poco tiempo, un Comandante burgalés – ingenuo y buena persona – me advirtió andar con cuidado, pues mi nombre había venido señalado desde la Capitanía General de Burgos. Una disposición emanada del ministerio del Ejército en la primavera de 1948 eximía a los de servicios auxiliares del servicio militar. Mi vista me salvó de algún posible percance. Y entre recuerdos y encuentros con los más diversos personajes, que acudían a mí (¡!) buscando colaboración e informaciones –recuerdo a Robles, Argeniz, por ELA Belaustegui, verdes, Arenaza, Agirre, etc., tenía que llegar el auténtico bautismo de sangre – en sentido figurado - con la huelga general del año 1951. Llevado a la comisaría y sometido a interrogatorio debí convencerles de tal manera de mi inocencia que me devolvieron a casa. ¡Graso espejismo! Al día siguiente y de manera más tajante aparecí en la dichosa comisaría, y pese a los esfuerzos de un primo carnal, Delegado de Información y Turismo en Lleida, franquista por necesidad, pasé a la prisión de La Paz en unión de otros 18, donde el Gobernador Civil, Luis Martín Ballesteros, tuvo a bien secuestrarnos durante un mes en absoluta incomunicación, en contra de la legalidad y sin que nadie levantara la voz en defensa nuestra; fuimos sacados continuamente a interrogatorios policiales, de los cuales alguien salió más machacado que las piedras de un camino. La estancia en prisión sirvió para reafirmarme en mis creencias, máxima cuando quienes me acompañaban eran veteranos de todas las batallas: Peli Sarasketa, de Sestao, viejo sindicalista de ELA y gudari, que fue quien asaltó la emisora de Radio Bilbao en los primeros momentos de la guerra incivil, Secun Urrutia, bilbaíno, pasante de despacho de Esteban Bilbao en los años previos al alzamiento, miembro de la Consejería de Guerra con José Antonio Aguirre, Manolo García de Andoin, perejil de todas las salsas, que había participado en la protesta de Pax Romana citada habiendo cumplido condena, Goiko, trabajador incansable por la causa, previamente gudari de los más jóvenes, Alberto Ruiz Angoitia, dirigente del PNV, que fue quien llevó en el automóvil a Javier de Landaburu hasta Baztán, y Grajales Acosta, juntamente con Emilio Agote, Joseba Berakoetxea, Joseba Larrea, Agustín Miner, donostiarras jóvenes pero con muchas acciones a sus espaldas. En mi estancia carcelaria en 1956, recibí una carta manuscrita del cardenal José María Bueno Monreal, que había sido obispo de nuestra Diócesis, y a cuyo servicio estuve desde mis cargos anteriormente citados.

Aquí llega el momento de relatarles aquella etapa. Recién salido de prisión fui despojado de mi puesto de Vicepresidente de las juventudes de Acción Católica: ya se había producido un escándalo internacional a cuenta de mi detención: la opinión pública europea no entendía que el “católico” Franco pudiera detener a un miembro de la Iglesia. Pero yo tenía que hacer una reclamación a mi obispo en relación con nuestro proceso: en los interrogatorios policiales apareció una tarjeta de visita de nuestros dirigentes del PNV, Julián Aguirre Basterra, tío de Joseba Mikel, Antonio Irazusta y otros que no recuerdo, habían presentado en una visita episcopal, ya que entendieron

debían habar con su Pastor de almas de la cualidad de creyentes de sus afiliados. Tras largos intentos logró entrevistarse con el obispo: fue un encuentro duro, tanto que mis exigencias de aclaración del hecho, como por la defensa acérrima que él hacía de su inocencia: “yo tiro las tarjetas a la papelera”, pues alguien las habrá recogido y entregado a la policía fue mi respuesta. En el transcurso de la conversación me dijo que dado el poco conocimiento que de mí tenía se había guiado por la opinión de los miembros del Consejo Diocesano, personas mayores con cargos importantes, que se permitieron juzgarme duramente: ¡estábamos en pleno franquismo! Sin amilanarme por tales categorías pedí cuenta a uno por uno, negando todos ellos los hechos y acusándose entre sí, por lo que en mi encuentro con el último de ellos, el consiliario y canónico Urteaga, quién siguió negando todo, le despedí con estas palabras: “Es triste constatar que todos ustedes son un atajo de mentirosos” Su indignada respuesta y su rápido escaqueo dio fin al encuentro.

En el año 1958, salido de la cárcel, había que retomar la lucha con más entrega para recuperar el tiempo perdido. Sin embargo la dura represión del ferrolano iba haciendo mella y cada vez resultaba más difícil encontrar colaboración: yo pertenecía a la generación siguiente a aquella hermosa de gudarís, viejos dirigentes y vapuleados militantes, por lo que había que iniciar un nuevo camino entre la nueva juventud. En mi trabajo bancario era conocido con dos apodos: el “Guerrero”, como defensor de todas las causas justas, y el “Optimista” porque nunca me daba por vencido. Pues a pesar de ello, fueron tantas las dificultades encontradas entre 1956 y 1961 que llegué a temer nuestra desaparición. Durante esa etapa llegué a ostentar la condición de único militante en activo del abertzalismo activo en Araba. Negativa por sus carencias, positiva porque de algún modo muestra lucha siguió ininterrumpidamente. Había olvidado relatarles algunos hechos puntuales de mi juventud, en muchos de los cuales participé en primera línea: hartos de aguantar a cada paso la prepotencia de las juventudes franquistas, un día, de paseo por la calle Dato interrumpimos por la buenas a un minúsculo desfile del frente de Juventudes. Ya habíamos hecho lo mismo con una centuria en plena fiestas de Gasteiz. El chiste con que se denominaba a semejantes sujetos era, que “cien niños vestidos de gilipollas iban al mando de gilipollas vestido de niño”.

Pero el acto importante, tanto por el hecho como por la repercusión se lo hicimos a Carmen Polo de Franco, “la collares”. Dicha señora – es un decir – acudía todos los años a la corrida de toros del 5 de agosto en Gasteiz. Veraneando en Donostia acudía a la invitación del Ayuntamiento y al de su amiga, la esposa de Julián Aristegui Sarría. Nosotros habíamos salido la última vez de “blusas” y al llegar a la Plaza de Toros observamos que el reloj de la misma iba media hora retrasado. Llegada la hora exacta del comienzo nos extrañó no ver a nadie en el ruedo, enterándonos poco después que debido al retraso con que la famosa Carmen llegaba, no se les había ocurrido nada más peregrino que atrasar el reloj ¡ lo que faltaba! : Sol de justicia y calor acumulado por las bebidas de la comida fue suficiente la aparición de la citada para que le montáramos una bronca como jamás nadie pudo suponer. Detenciones a porrillo, protesta masiva de blusas por las calles, y toda una noche de protesta. El buen alcalde, José Lejarreta, previendo lo que el caso podía significar logró del gobernador que nadie fuese

castigado. Más tarde aquel follón pasó factura a más de uno, cuando posteriormente algo similar se volvió a producir, esta vez en la persona del general Alonso Vega, de infeliz recuerdo. Este fue increpado en pleno rostro. Retomando el hilo del relato y llegado el 1958/59 contactó conmigo el que después figuraría como uno de los fundadores de ETA. Con todo el sigilo obligado por las circunstancias y desconociendo hasta su nombre, iniciamos una campaña de captación para la causa abertzale, reuniéndonos durante más de un año y medio en mi domicilio de Ramón Cajal 13, 5to. A todo esto, convencido absolutamente de estar colaborando con EGI, empecé a intuir algo raro, primero, por medio de la perspicacia de mi esposa Emilia, que sospechaba algo raro en el ambiente, no en las personas captadas para la labor sino en el visitante periódico a quien mi esposa motejó como “Don Quintín”. Los jóvenes recuerdo eran Antxon Iriondo, Rubén Lacalle, Patxi Aranzábal Armentia, Durana y otros, hasta un número próximo a la quincena, cifra importante para los tiempos aquellos. Una madrugada de noviembre de 1959, sonó el timbre de nuestro piso, mi esposa y yo saltamos como resortes, pues las cinco horas no presuponían más que algo grave. Entraron en el piso tres policías al mando del incombustible Bruno Ruiz Apodaca, quedando dos más en los descansillos de la escalera revisaron toda la casa en busca de nunca supimos que o quién. Camino a la comisaría me fueron hablando de asuntos graves que me iban a costar un disgusto fuerte, según ellos. Por los pocos datos de su conversación me dí cuenta que una vez más andaban errados: no comentaron para nada las reuniones domésticas citadas arriba, lo que me tranquilizó porque no andaba en ningún otro lío por entonces. No obstante, pese a los tres días siguientes detenido, en espera “del testigo que vamos a traer de Bilbao” pero que no aparecía por diversas causas ente ellas, por problemas de transporte (¡!) ahí les tomé la delantera cuando me ofrecí a pagar un taxi y no supieron dar respuesta.

De vuelta a casa sin acusación alguna, costó tiempo conocer la razón de aquella detención. Nosotros vivíamos en el piso quinto, último de la casa que careciendo de ascensor hacía muy difícil pasar desapercibido. Así eran las cosas, aquella “sagaz e inteligente policía” ¡Ja, ja! no había sido capaz de detectar semejante “procesión” de personas sospechosas – aunque sólo fueran jóvenes – durante un año y medio. El vecino al cuarto, Mejino, antiguo jugador de futbol del deportivo Alavés, nos informó del tema cuando ató todos los cabos. La dueña del tercer piso de apellido Armentia, explotaba una pequeña pensión en su casa. Buscando a alguien accedieron a su domicilio, en el que dormían sus clientes, ninguno de los cuales tenía que ver con el asunto. Asustada por las preguntas policiales y dado su talante derecho, no tuvo otra ocurrencia que decir, “en el quinto vive Perez Cuadrado”. Durante mi estancia en la comisaría, dos inspectores, Samuel Cabezas y el “Maño”, posteriormente asesinado por ETA, volvieron al piso para registrarlo. Una vez más, mi esposa, que proviniendo de la derecha más casposa se había convertido en magnífica colaboradora abertzale – todo lo que diga de ella queda pequeño ante su entrega y compenetración conmigo - , les impidió el paso en al primera instancia, pues no traían mandato judicial y sólo cuando accedió al ruego policial de contar con dos testigos vecinales, les franqueó la entrada pero obligándolos a estar juntos en todo momento: “no me fío de ustedes para nada. Los

quiero unidos y a la vista porque son capaces de introducir elementos falsos que sirvan de prueba”. La respuesta de ambos fue: Caramba con la gente de derechas, como nos pagan los favores. Aunque hubiere sido de derechas que nunca lo he sido, ustedes me han convencido de la maldad de su doctrina y del peligro de sus métodos: allí mi amada Emilia se la jugó a cara o cruz.

Poco más tarde, en la mañana de un domingo, acudió a mi domicilio Gabriel, policía gallego que tenía un tic nervioso, que parecía salirse de su chaqueta en cualquier momento. Una vez más mi querida Emilia, le obligó a esperar en la escalera a que yo volviera de misa, pues debido a nuestros tres hijos debíamos turnarnos. Y por fin llegó lo que tenía que llegar. Estábamos en 1960 y yo había acudido durante tres meses a un cursillo de capacitación bancaria a Bilbao. Durante mi estancia entre mayo y julio, salió a relucir un famoso escrito de los 330 sacerdotes, y poco después se produjo, teóricamente, lo que se llegó a conocer como el intento del descarrilamiento de un tren cargado de excombatientes franquistas, a la entrada de Donostia. Eran finales de agosto y yo me encontraba en mi puesto de trabajo del banco de Vizcaya: sin darme tiempo a reaccionar, apareció de nuevo Samuel Cabezas en mi mesa de trabajo y registró todos los compartimentos de mi mesa, en tanto yo, rogaba a todos para que no se le ocurriera mirar debajo del mismo. La ayuda celestial y la probada incapacidad de los agentes fascistas impidieron localizar un voluminoso paquete de propaganda entregada horas antes. Gracias al apoyo de un compañero de trabajo, el citado paquete desapareció en el intervalo de mi llamada a la dirección bancaria y mi vuelta al pupitre para retirar mis cosas y salir detenido. Llegada la noche, sobre las once horas fui conducido a Donostia a velocidad de vértigo en un coche americano, el viaje duró 100 minutos y habida cuenta de que entonces no existía la autopista, que la carretera pasaba por todos los pueblos y que el tráfico era intenso – era Semana Grande Donostiarra - , llegué a mi destino con el corazón en la boca, y dando gracias a Jaungoikoa de haber arribado sin ningún percance. La razón de tal prisa me la dieron al llegar “esos cabrones (sus propios compañeros) ya se han ido a dormir por lo que te interrogaremos mañana”: en el ínterin fueron mirando una multitud de documentos que desde Gasteiz les había enviado: “pero que mierda de pruebas me mandan estos cabrones, si todo son chorradas” ¡qué monótono resulta volver a incidir en su ineficacia!

Como quiera al ser detenido en el banco, habían advertido al director que buscara un sustituto, pues “este individuo no vuelve en diez o quince años”. Me preparé para lo peor, y aquí una vez más mi absoluta fe en el Creador me sacó del apuro. Veterano conocedor de las diversas comisarías y sus leyes y reglamentos, y dado el honor a la verdad lo único que funcionaba era la duración máxima de detenciones - 72 horas – me así al crucifijo que llevaba en el bolsillo, y que no solté durante los tres días y juramenté a no decir una sola palabra, a sabiendas a lo que iba encima, así fue. Jamás en mis doce detenciones anteriores me habían tocado un pelo, ni tampoco fui esposado nunca. Pero por primera vez, el grupo policial enviado desde Madrid, al mando del siniestro Coronel Aymar, alumno directo de Hitler y entrenado directamente por la Gestapo nazi, hizo caer sobre mí – y los demás – toda la rabia y la mala leche de que un ser ¿humano?

puede ser capaz. Los golpes fueron de una dureza tremenda, los insultos, amenazas, amén las procacidades más espantosas dirigidas a toda mi familia y mis amigos o seres queridos o admirados: “A ese maricón de Robert Kennedy le vamos a dar por el culo, y al cabrón de Toledo, el cardenal Pla, lo vamos a masacrar”. Aquello se iba poniendo más negro, y cuando se me conminó a bajarme los pantalones me temí lo peor. Fui obligado a reclinar mis rodillas sobre una capa de piedras puntiagudas y cortantes y a soportar el peso de animales como Gabalcón, más parecido a un oso que a un ser humano que restregaban mi cuerpo contra aquel lecho de plumas hasta hacerlas sangrar, en tanto Melitón Manzanas me rompía el oído en uno de sus numerosos golpes. Otro de los intervinientes fue Ballesteros, más tarde Jefe de MULA (Mando Único de Lucha Antiterrorista), quien en plena democracia aseguraba a la prensa a cuarto columnas “Yo jamás torturé a nadie”. Una de mis cartas a la redacción aclaró el impase. Entretanto, otro que tal López Abril, intervenía en la fiesta ostentando en su solapa una insignia de la Acción Católica “oiga usted” le espetó: “usted o yo nos hemos equivocado de Iglesia ¿verdad?, porque cuando a mi me impusieron esa misma insignia me hablaron de amor, de justicia, respeto a los demás”. La reprimenda sirvió tan sólo para que se retirara de los interrogatorios, pasando desde ese momento a hacer de hombre bueno, lo que casi fue peor porque su cinismo y provocación superaron los golpes. En un encontronazo imprevisto con mi esposa y mi padre tuvo la desfachatez de asegurarles que él trató que nos estaban dando “era exquisito”.

Pasa el trago, y dado que no me podían acusar de nada, pues nada había declarado, salí a la tarde del tercer día y a plena luz solar constaté mi pobre Emilia el mapamundi que tenía en la cara. El pago de su incompetencia lo constató Samuel Cabezas, en plena calle a los dos días de mi libertad. En pleno centro de Gasteiz, y paseando con esposa e hijos, fui abordado por el inteligente poli: yo salía del infierno de tres días y a pesar de las señales con que me habían maquillado, trataba de aprovechar mi libertad con la fricción que me gusta de lo escaso. En Donostia me había enterado por vez primera que era ETA y quienes sus mentores, desconocidos hasta entonces: Julen Madariaga y Benito del Valle aparecían con su verdadera identidad algo que durante un tiempo me encolerizó, principalmente por lo que suponía un engaño para mí que siempre creí que se trataba de EGI. Pero pasado el mal trago y aprovechando la tranquilidad momentánea que me facilitaba mi inocencia, respondí al exaltado Cabezas que no hacía en aquel momento sino ejercer mi derecho de ciudadano a pasear con mi familia y cuando insistió en que yo debía seguir detenido le espeté con ironía y pizca de mala nata que eso se lo dijera el juez.

Estábamos en la década de 1960 y la situación política – aún no había empezado ETA a actuar- había bajado con dureza. Algunos de los personajes más siniestros estaban pasando la jubilación, y los jóvenes sustitutos no habían experimentado en directo la primera etapa guerrera y pos guerrera. Cuando posteriormente ha salido a relucir la etapa clandestina de Xabier Arzalluz, suelo poner como ejemplo mi última detención con motivo del Aberri Eguna de Bergara: a pesar de los controles exhaustivos y de una férrea represión, más moral que física, acompañado como siempre de mi esposa y tres

hijos pasé sin ninguna dificultad hasta el mismo centro de la Villa con la única mala suerte que Megencio Vadillo, miembro policial de la Guardia Civil, y más malo que el sida. Más como quiera que quien llevaba las riendas era el gobierno civil, ello me libró de caer en sus manos. El relato de mi detención fue tan chusco que merece ser explicado con detalle, máxime cuando se identifica más con un sainete que con un drama. Tras 23 años en el banco de Vizcaya, fui encargado de abrir la primera oficina de Caja Laboral (del grupo MCC de Mondragón) en Gasteiz, lógicamente al inicio contaba la oficina con sólo dos personas, Jesús Ayesa, simpático navarro de Uxue y yo mismo como Director. El lunes, día siguiente del Aberri Eguna, me llamaron desde la comisaría para que me presentara inmediatamente. Respondí que estaba a cargo de una oficina pública, y que debido a la ausencia momentánea de mi compañero me era imposible cumplir con la orden hasta que el indicado regresara, momento en que prometí acudir a su llamada: el interpelante se dio por conforme y así pasó algo más de una hora, hasta que sonó nuevamente la llamada “Perez Cuadrado, o aparece inmediatamente en la comisaría a mando una pareja que lo traiga detenido y esposado, además le advierto que...” ¡Quiere usted hacer el favor de callar! Si no me deja explicarme no nos vamos a entender. Si me dice a que obedece la llamada y para cuanto tiempo procuraré personalmente a la mayor brevedad posible”. De nuevo Samuel Cabezas, no se si escaldado por su patinazo en Donostia, me aseguró que tan sólo se trataba de unas preguntas y diez minutos. Nada más colgar el aparato apareció en el despacho mi compañero, a quien pasé los trastos momentáneamente tras ponerle al corriente del caso. ¿No te van a dejar en paz nunca? Fue su despedida. Personado en comisaría de la calle Olagibel, entré con decisión y por vez primera sin el más mínimo temor ¡siéntate! No hace falta, si sólo son unas preguntas prefiero quedar de pie, respondí, vaya nos sale contestatario como siempre, a ver ¿dónde estuviste el domingo? En Bergara ¿no sabes que no se podía ir? ¿Por dónde entraste? Por la carretera en coche y entiendo que el Fuero de los españoles me lo permitía ¡ya estamos como siempre, se lo han aprendido de memoria! Traed el periódico para que veas cómo estaba prohibido. Dado que nadie encontraba el diario y que lo único que hacían conmigo era tratar de enfadarme con sonsonetes y pullas, miré abiertamente mi reloj y dije que los diez minutos habían pasado y debía volver al trabajo, dando media vuelta salí por última vez de una sede policial, quinta en la escala de mis visitas durante veinte años.

He relatado el hecho para demostrar que quienes presumen hoy en día de haber sufrido la represión fascista, exageran o mienten sí su etapa es posterior a los años 60, con excepción de los etarras, cuyas experiencias nada tiene que ver con lo nuestro. A raíz de este incidente fui llamado por Juan Ajuriaguerra para rogarme que me hiciera cargo de las labores del Gobierno vasco, en calidad de delegado en Araba: mantenía Juan la opinión de que estaba quemado para nuevas actuaciones y que otros debían tomar el testigo. La verdad desnuda fue que nunca supe en que consistía la misión porque seguí haciendo lo mismo de siempre: quienes me revelaron en el Euzkadi Buru Batza de arabarra, Perico Arrizabagala, Luís Mari Sánchez, entre otros, tardaron un suspiro en ser detenido, juzgados, condenados y encarcelados y ambos salieron para el exilio en Iparralde a la primera ocasión. Iniciadas las acciones armadas de ETA,

cercana la transición política y renovadas las actividades ciudadanas en libertad – relativa como podemos observar – inicié mi andadura en esta etapa, nada parecida a la pasada pero cuyo relato nada tiene que ver con aquel desasosegado ajeteo al que jamás renuncié, porque cuando se labora por un ideal tan excelso, todo empeño es poco y cualquier sufrimiento es bienvenido.

SUPLEMENTOS Y ALGUNOS RELATOS

El domingo 19-7-1936. Al grupo de familiares que solíamos salir juntos los domingos, nos sorprendió el inicio de la guerra en Nanclares de Oca, a 10 kilómetros de Vitoria. Suspendidos los transportes tuvimos que volver andando. Llegamos al domicilio hubo disparos a menos de 100 metros de casa (calle Dato) y quema de una ikurriña. Los autores fueron dos vecinos de Lubiano (Álava) que, hasta hace poco se enorgullecían de ello.

El preso a quien recogí la maleta, Segundo Jauregizuria, vivió hasta su fallecimiento, el 12-9-2009, en Elosu (Álava). Durante al guerra fue ertzaina del grupo del propio Lehendakari, José Antonio Aguirre.

Entre mis actividades dentro de la Juventud de Acción Católica, en 1947 fundamos un Club Alpino Goyena, a través del cual pudimos camuflar numerosas actividades patrióticas. Simultáneamente, a través de la propia Acción Católica, se formaron el Juventud en Bizkaia, el Oargi, el Gipuzkoa, y el Oberena en Navarra, coincidiendo en multitud de eventos.

En julio de 1947 se celebró el referéndum sobre la ley de Sucesión antes citado. Pasados los años, y dado que mis suegros procedían de la derecha (estuvieron al servicio de Oriol, Silva, Berástegui, y algunos otros), fui informado por mi difunta esposa de las numerosas manipulaciones llevadas a cabo, el día 14 de la votación: se introdujeron papeletas por parte de mi suegro, Avelino, entre otros más, a las órdenes del policía del maldito recuerdo Bruno Apodaca. Este sujeto llegó a afirmar personalmente que había ejecutado a ¡108 personas! Y se le había escapado el 109, el mismo que años más tarde nos relatara a mi padre y a mí en nuestro domicilio.

En 1948 pasé a formar parte del grupo de acción, a las órdenes de Juan de Ajuriaguerra, llevando a cabo actuaciones y contactos con diversas personas, señaladas por el citado Juan. Las numerosas dificultades con las que debíamos topar figuraban, la falta de medios de transporte y de comunicaciones (no contaba ni siquiera con una simple bicicleta), y tampoco habíamos gozado de tanto artilugio, como los que inundan nuestras calles, aparte la dificultad para poder explicar en mi domicilio alguna de mis ausencias esporádicas. Como resultado de todo ello, mi siguiente paso me llevó a integrar el Euskadi Buru Batzar, del PNV. Juntamente con Julián Olavarría Sautu, otorrinolaringólogo y Julián Aguirre Basterra, industrial de madera, representamos a Álava, Dada la avanzada edad de ambos, poco después se incorporó Perico

Arrizabagala, industrial de Placencia de las Armas de Gipuzkoa, afincado en Vitoria. Como éste poseía un automóvil nuestras reuniones se incrementaron, tanto en Álava como en Bilbao. En esta Villa teníamos que alternar oficinas, domicilios particulares y locales de hostelería de militantes nacionalistas, de toda discreción.

La huelga de 1951 que nos condujo a prisión agravó sus consecuencias debido a la intervención del entonces Gobernador Civil de Álava, Luís Martín Ballesteros, zaragozano de Calatayud y peor que el cáncer. Fuimos procesados por propaganda ilegal y asociación ilícita y gracias a la negativa de la Justicia Militar, nos libramos de la acusación de ¡rebelión militar!, a pesar de la insistencia del Gobernador. La barbaridad de nuestro procesamiento llevó al abandono a la policía, de la Político – Social, García Cabezudo (quedó impactado por las torturas aplicadas a algunos), posteriormente, el juez especial que se hizo cargo del caso, Corniero, mutilado de guerra y camisa de Vieja Falange Española, nos presentó toda clase de atenciones y renunció, tanto el juicio como la propia carrera judicial, tal era el engendro procesal.

Finalmente a nivel más genérico, hagamos un breve repaso por los hechos o circunstancias que arrojen un poco de luz sobre ciertas actuaciones. Mis 14 detenciones, a lo largo de 20 años, me llevaron a visitar las siguientes comisarías de policía:

1948: Cumpliendo mi etapa de soldado en la Caja de Reclutamiento fui detenido pasé por la comisaría sita en la calle Prado 20 1ro. Simple local de apenas 100 metros cuadrados, que carecía de celda.

1951: Dos detenciones en la comisaría de la calle Cadena y Eleta s/n, chalet que albergó al Gobierno Civil. Actualmente acoge a la casa parroquial de la catedral de María Inmaculada

Nota curiosa: a finales de 2009 he sido fotografiado en las dos celdas que ocupé entonces, las cuales se hallan en igual estado que cuando las abandoné, dado que el edificio no había sido modificado desde entonces.

1956-1960: Diez detenciones en total, incluida la del Aberri Eguna de Bergara, última de mis detenciones. Comisaría de Márquez en Estella.

1961 El incidente del supuesto primer acto terrorista, descarrilamiento de un tren de excombatientes franquistas, me llevó al barrio donostiarra de Amara, existente en la actualidad.

Sobre esta detención, en que Melitón Manzanos (asesinado por ETA) actuó sobrevalorado por los medios, en cercanías épocas he sido entrevistado por la TV alemana de Frankfurt y el diario El Universal de México.

Actuaciones policiales:

En líneas generales y con pocas expresiones, los distintos grupos ante los que comparecí, albergan lo más granado de la Brigadilla Político Social franquista, de horribles recuerdos. La de Vitoria estaba encabezada por el siniestro Bruno Apodaca, quien siendo el máximo responsable brillaba con luz propia. Incluso temido por sus propios compañeros. Tras trabajar hasta 1936 como simple zapatero en la firma

Calzados Laza, fue de los conversos, actuando en principio como simple “matón”, llegó a confesar 108 crímenes. Seguía Samuel Cabezas, el Maño (asesinado por ETA) Gabriel García Cabezas, Viu, un pedante soriano, olvidé el nombre Pueyo, madrileño expulsado del cuerpo por ladrón y otro más de visitas esporádicas

En Donostia el grupo era el más sanguinario del franquismo. Liderado por el teniente coronel Aymar, alumno directo de Himmler (Gestapo), sólo admitía ordenes directas de Franco a quien también rendía cuentas en exclusiva. Algunas versiones bastante fundadas le adjudicaban 29.000 sentencias de muerte. Seguía Melitón Manzanos, sádico hasta el extremo, vinculado al tráfico de drogas y proxenetismo. Un compañero suyo sustrajo dinero de la Comisaría de Irún, cuando la dirección acordó su expulsión, Melitón intervino en su favor, porque estaba casado y tenía hijos, al tiempo que sugirió darle un escarmiento. Fue tal la paliza aplicada que estuvo tres meses ingresado en el hospital. En una visita de Manzanos al compañero tuvo el descaro de decirle que a su torturador había que machacarlo. La respuesta del herido fue tajante “cuando lo vuelvas a hacer te quitas el anillo para que no te reconozca”. ¡Ese era Melitón! Ballester, responsable máximo del MULA, quien en la supuesta transición declaró en medios, a cuatro columnas: “yo nunca torturé a nadie”, como todos cobardes, cara dura el “pollo”. López Abril que tras exhibir en su solapa una insignia de la Acción Católica, yo era vicepresidente de la juventud católica de Álava, tuvo que escuchar de mi boca si le habían enseñado a actuar tan sañudamente. Sorprendido por la pregunta pasó a ocupar el puesto de “hombre bueno”, siendo peor el remedio. Gabalcón, una mula con pinta de ser humano. Gelabert, Sánchez, Núñez, Maestre, Urbano, Palomo, etc.

De entrada, todo ellos comenzaron a amenazarnos de que nuestras vidas estaban en sus manos.

Toda la trayectoria de semejantes individuos se movía entre la brutalidad y su incompetencia, algo que causa sorpresa entre mis interlocutores. Su prepotencia y absoluta seguridad de ser temidos por la sociedad, le llevaba a bajar la guardia en más de una ocasión. En muchas ocasiones hicimos nuestros trabajos delante de sus mismas narices, sin que llegaran ni a imaginarlo.

Torturas: Nunca me expliqué cómo a través de mis pasos por las comisarías, jamás se me esposó, así como tampoco me tocaron físicamente un pelo. Sin embargo mi ingenuidad me impedía reconocer que el maltrato psicológico, reticente, soez y a veces blasfemo, a centímetros de mi rostro, tenía mayor gravedad, como me lo hicieron ver algunos sacerdotes. Los golpes no dejan huella en el tiempo, en tanto el ataque brutal a la dignidad humana, te hace dudar de la condición humana de aquellos sujetos. De ahí que a mi salida de la comisaría en Donostia me topé de nuevo en la entrada con el Melitón. Quién todavía parecía no quedar conforme con mi salida. “Te irás de una mala leche contra mí”. “Usted no inspira odio, sino lástima”. Ante tal respuesta se puso histérico de nuevo y me amenazó con volver a encerrarme, algo que no estaba en su mano. A todos ellos les he encomendado más tarde a Dios. Misericordioso.

Carácter victoriano: siempre me ha suscitado interrogantes. Aparentemente sensatos y pacíficos, hasta convertirlo en tópicos: “alavés, falso y cortes” fue una de las pullas que

se nos lanzaban entonces. Pues en muchas ocasiones todo ello venía abajo, con gran extrañeza entre todos.

En 1945 visitó la ciudad José Luís Arrese, Jefe Nacional del Movimiento. En su desfile desde el Gobierno Civil a la Diputación Foral, unas pocas decenas de paisanos salieron a recibirle. Fue tal el enfado del gobernador Luís Martín Balletero, que nos dejó dos veces seguidas sin racionamiento, en plenos años de hambre.

En 1947 llegó Franco, y dada la poca ilusión local tuvieron que traer personas de Burgos, Logroño y Cantabria.

Espero de vuestra amabilidad no consideréis mis vivencias como simples batallitas del abuelo cebolleta, Eskerrik asko por vuestra atención.